

SED

Pater Bernhard

Hoy ha vuelto a suceder. Sueño que mi madre me reclama desde su cuarto. Su voz logra extraerme del juego, lo suspendo y camino hasta su dormitorio, donde la veo sentada en su butaca, tejiendo una bufanda interminable que nace del ovillo de sus manos y finaliza bajo la cama. Ella me mira, me sonríe, y antes de regresar de nuevo a su tarea me dice:

‘Tr ame un vaso de agua, por favor’.

Asiento y me dirijo a la cocina con premura. Me insta el propósito de calmarle la sed a mi madre, aunque también el de volver cuanto antes a mis juegos interrumpidos. Tomo un vaso del fregadero y acciono la manivela, pero el grifo no despide ni siquiera un tímido hilo de agua. Después pruebo suerte con el grifo del cuarto de baño y all  constato, con pesar, que la casa se ha quedado sin suministro.

No me dejo vencer por el desánimo y acudo de nuevo a la cocina. Ni en la nevera ni en los cajones que revuelvo hay botellas de agua, ni refrescos; nada, en fin, que poder ofrecerle a mi madre. Me veo entonces fuera de casa. Recorro todas las puertas de la planta sin éxito. En una mano llevo el vaso vacío, con la que queda libre pulso el timbre de cada vivienda sin éxito, mientras escucho su fragor doméstico a través de la puerta: pasos medidos por los corredores, susurros, el rumor de un televisor que de inmediato cesa...

Salgo al exterior. Se trata de una noche invernal. Nadie por la calle. Penetro en otro bloque de viviendas idéntico al mío y recorro de nuevo cada planta, cada puerta, con el mismo resultado: nadie me abre.

Por un momento me aborda la idea de renunciar. S  que mi madre es condescendiente con mis descuidos infantiles, siempre lo ha sido, y que tanto la ausencia de suministro - tal vez general - como la imposibilidad de encontrar ayuda me eximen de culpa. Después caigo en la cuenta de la existencia del canal. Se encuentra a dos manzanas de mi calle y estimo que a lo sumo tardará cinco minutos en llegar a su lindero. Doblo la primera esquina. Comienza a descender la niebla y todo adquiere una apariencia fantasmal, pero en mi sueño no tengo miedo a nada, salvo a la remota posibilidad de encontrarme el curso del canal vacío.

Al traspasar la vereda siento alivio porque escucho el canto del agua y su implacable descenso sobre la presa. Me acerco a la orilla y hundo el vaso en el agua. El vaso se colma entonces de peso y de frío. Después lo examino bajo la

luz de una farola y veo como la naturaleza turbia del agua que encierra adquiere de inmediato una transparencia insólita, lo que a mi juicio la convierte en potable. Puedo, al fin, regresar a casa, aunque tal vez sea ya demasiado tarde como para volver a mis juegos.

Cuando rehago el camino surge en mi interior un nuevo miedo. Temo que algún vecino me sorprenda en pijama y zapatillas, tiritando de frío y caminando con premura mientras sostengo un vaso rebosante de agua. Es una imagen precaria que me avergüenza y que no deseo regalar a ningún curioso, por eso corro hasta llegar de nuevo en el portal, donde al tomar el ascensor calculo que ha debido de pasar media hora desde que mi madre me reclamó. Pienso en su abnegación. Ahora que he logrado su encargo sólo yo soy el responsable de la tardanza. Ella me quiere. Sabrá excusarme. Abortaré las disculpas de mi retraso, de mi aventura secreta, con su habitual sonrisa. Ella lo sabe todo. Ella sabe todo lo que pasa en mí y pasa por mí. Pienso que tal vez me cuente un cuento para ayudarme a dormir porque es tarde: no podré regresar a mis juegos y mañana debo acudir al colegio.

Cuando regreso a la alcoba no centro la atención en mi madre, sino en la bufanda que ahora reposa en su regazo, como una serpiente mansa que se mece en la respiración de su tejedora. Mi madre duerme en su butaca y pienso en despertarla, pero luego me refreno y valoro, en fin, que el placer del sueño ha logrado reparar su sed. Pero ahora la sed es mía. Me asalta de un modo irrefrenable. Bebo entonces el vaso de agua, con avidez, frente a mi madre y su serpiente para luego, sin transición, despertarme en el instante en que, tras apurar el vaso, ella abre los ojos...

‘Despierte’ dice la asistenta ‘Su madre ya ha tomado el desayuno’

Abro los ojos. Un incendio de luz toma la alcoba. Huele a lavanda. La asistenta acaba de retirarse y oigo su faenar por la casa. Me pesan los párpados. La butaca me ha dejado un dolor lumbar que me punza al reincorporarme. Mi madre está reclinada en su cama, con los ojos concentrados en la indeterminación de la pared porque ahí no hay espejos, ni fotografías conmemorativas. No hay nada.

Al acercarme con un vaso de agua me dice:

‘Otra vez usted y sus vasos de agua. Si me lo bebo ¿Me dejará en paz?’

‘Claro’ respondo.

Ella toma el vaso con el ovillo de sus manos, se lo aproxima a la boca y me mira con desconfianza, como si estuviera ofreciéndole un veneno. Hay días en los que vierte su contenido al suelo, con su desafiante impunidad, esperando con descaro mi reprimenda o la de la asistente, si es que le da por entrar en la alcoba en este instante.

Hoy no. Hoy mi madre ha bebido el agua, sumisa, y yo regreso de nuevo a mi sillón, tranquilo y confortado, como quien calma su sed después de una travesía por el desierto.